

---

---

## El libro inexistente de Comala

---

---

*En el principio era Comala. Y, sin embargo, Comala aún no existía. Por entonces, todavía Juan Preciado no le diría a Dorotea que lo mataron los murmullos, aunque ya traía retrasado el miedo, ni Pedro Páramo era un rencor vivo que habría de irse desmoronando en su propia muerte como un montón de piedras, suplicando por dentro. Todavía Comala no tiene un camino que subía y bajaba según se va o se viene, y el Padre Rentería ya sabe que en Comala no se dan las uvas porque sólo arrayanes agrios y naranjos agrios crecen en Comala, tantos como para hacer olvidar el sabor dulce de las cosas.*

*Aún no se ha dispuesto el cielo sobre Comala y ya el caballo muerto de Miguel Páramo galopa en la noche en busca de su amor muerto. En Comala los muertos y la muerte resuenan bajo el cielo y bajo la tierra. Incesantemente. Igual que los gritos del aborcado que resonaban años después en el cuarto de la hostería de Eduviges Dyada. La muerte es el fulgor de Comala. Es su sombra y son sus sonidos. Hasta cuando llueve suena a agua agusanada. En Comala llueve como si agonizase. Sólo Susana San Juan, cuando vuelve papelotes, tendrá los labios mojados como si hubiese besado el rocío.*

*En Comala el aire soplabla envenenado por el olor a podrido de las saponarias y los murmullos de los muertos. Sin embargo, hubo un tiempo en que Comala fue una hermosa llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Todo lleno de árboles y de hojas y el aire que cambiara el color de las cosas. Así será Comala para Dolores Preciado, como una alcancía en la que guardó los recuerdos. Pero aún no hay recuerdos. Y Comala es ya un pueblo lleno de ánimas, un puro vagabundeo de gente que murió sin perdón y que no lo conseguirá de ningún modo. Ni siquiera Damiana Cisneros, caporal de las sirvientas de la Media Luna, porque una noche se hará respetar. Tampoco aquellos sobre los que Pedro Páramo juró vengarse tras aquel 8 de diciembre cuando amaneció gris, no frío, pero gris. Después de aquella mañana en que las campanas tocaron por tres días y siguieron con un sonar hueco, como de cántaro o de garganta de muerta. Bartolomé San Juan lo recordó antes de ser asesinado: Comala sabe a desdicha. Y esa imagen habrá de borrar todos los demás recuerdos. Aunque todavía no existan los recuerdos ni las imágenes.*

*Pulco era un pueblo muy pequeñito, con unos dos mil habitantes. Estaba metido en una barranca, con calles torcidas y empinadas. Mi abuelo construyó, en realidad, casi todo el pueblo, el puente sobre el río, la iglesia, casi todo el pueblo lo construyó mi abuelo. Pero vino después la revolución cristera y a toda la gente de los pueblos pequeños nos concentraron en los grandes. Por eso pasamos a vivir a San Gabriel. Pero yo nací en Pulco.*

«Alguna vez creíste que la literatura debió nacer en Escandinavia. Recuerdo haberte oído decir que siempre te gustó Hansum. Y el islandés Halldor Laxness, los rusos, el francés Jean Giono. En todos ellos encontraste el amor por la vida, la atmósfera brumosa, la inclinación por la naturaleza. Eso te atraía. Tú amas la tierra. Y a los hombres: tanto a los que yacen sepultados bajo tierra como a los que viven su largo camino de soledad.»

*Fueron las mujeres las que crearon la rebelión cristera. Ellas empujaban a sus hermanos, esposos o hijos a luchar. Si les decían «¡No sois hombres si no vais a luchar por la causa de Dios!», lo tomaban como una ofensa muy grande y todos tomaron las armas. Aquello fue algo estúpido, porque ni los cristeros tenían posibilidades de triunfo ni los federales contaban con recursos suficientes para acabar con los rebeldes. Además, las mujeres tenían que luchar, eran las que surtían el parque, las que almacenaban el armamento. Era muy difícil acabar con aquella rebelión.*

*En donde yo vivía todo fue muy agitado, francamente violento. Sobre todo, fue una zona estremecida por el saqueo. Vivíamos azotados por la violencia. Entonces supe que el hombre lleva consigo una violencia retardada que, en cualquier momento, puede saltar.*

*Antes estaba Luvina, el lugar donde anida la tristeza. La gente iba como con la cara entablada que no conoce la sonrisa. Luvina era un lugar muy triste. Hasta el horizonte estaba desteñido. Nunca fue azul el cielo sobre aquel lomerío pelón, todo envuelto en el calín ceniciento. Y, además, llovía poco. Unas cuantas tormentas a mediados de año que dejaban el pedregal flotando encima del tepetate. Entonces, las nubes se arrastraban por el cielo que nunca era azul. Cuando las tormentas, la tierra de Luvina se llenaba de pasojos de agua, como si a la tierra le hubiesen crecido espinas. Y las nubes daban tumbos de uno a otro cerro. Pero llovía poco. Poco o casi nada.*

*Además, estaba el viento. Un viento que se plantaba en Luvina como si llegase para morder las cosas. En tremolina. Decían que era pardo porque arrastraba arena de volcán. Pero allí, en Luvina, lo veían negro y sabían que no dejaba crecer ni a las dulcamaras. Las dulcamaras son unas plantitas tristes. Como Luvina. Tanto que hasta se podía oír cómo avanzaba la noche.*

*En Luvina el tiempo era muy largo. Los años se amontonaban sin que a nadie le preocupara echar la cuenta. Después del día, la noche. Y así siempre. Solamente el día y la noche. Y vuelta. Como si en Luvina se viviera sin tiempo o en la eternidad. Hasta el día de la muerte. Decían en Luvina que la muerte era para ellos una esperanza. Así era allí la cosa.*

*Decían también que la tierra, de tan empinada, se desgajaba en barrancas hondas, sin fondo. De aquellas barrancas a Luvina subían los sueños. A lo mejor Luvina misma era un sueño. A lo mejor sólo era el reflejo de otra imagen.*

«Pareciera que las palabras viven por sí solas en lo escrito. Sabemos que no defines, que huyes del abuso del adjetivo, que prescindes de toda prescripción o posición subjetiva. Sabemos que te caracterizan la concisión, la economía de palabras, la desnudez originaria, ningún exceso... Como si te embargara un prodigioso pudor. Aludes más que relatas. Sobrecoige tu refulgente sobriedad, la trágica poesía que destila tu escritura. Leer es sentirte y sentir que nos afecta tu latido.»

*El nombre no existe, no. Es una derivación de Comal. El Comal es un recipiente de barro que se pone sobre las mesas, donde se calientan las tortillas. De ahí vino. Comala: lugar sobre las brasas.*

*Con frecuencia, muchas personas han querido visitar la zona, fotografiarla, así como a los personajes, para números especiales de revistas y otras publicaciones, por ejemplo, y no lo han conseguido. Esos paisajes o esas sugerencias de paisajes no existen. Tampoco mis personajes tienen rostro.*

*A mí me tocó estar una noche en un pueblo al pie de la Sierra Madre. La gente se había ido y cuando llegué las casas tenían candados. Había calor y soplaban mucho el viento. La gente se había ido, así. Pero a alguien se le ocurrió sembrar de casuarinas las calles del pueblo. Y en la noche las casuarinas mugen, aullan con el viento y el calor. Entonces comprendí la soledad de aquel lugar. Así debía ser la soledad de Comala.*

*En Comala ponía Dolores Preciado su querencia. Decía que Comala era un pueblo que huele a miel derramada. Decía que Comala blanquea la tierra, que la ilumina durante la noche. De esa manera pensaba Dolores. Ni siquiera cuando Pedro Páramo le demandaba el desayuno y ella se levantaba antes del amanecer Dolores sentía de otra manera. Tampoco cuando sus ojos humildes se endurecieron y empezó a odiar a Pedro Páramo. Si tenía algo bonito Dolores eran los ojos. Luego se le endurecieron. Después suspiraba queriendo ser zopilote para volar y desprenderse del desprecio. Pero ella amaba Comala.*

*Dolores veía subir y bajar el horizonte con el viento que movía las espigas. En seguida asomaban las llanuras verdes y los granos hinchados de amarillo. También podía oler la alfalfa, los naranjos tibios y hasta el vaho del pan a la mañana. Así veía Comala pese a las levantadas para aprender el nixtenco y luego batallar de un lado para otro seguida por el rondín de gatos. Estaba acostumbrada a pasar lo peor, pero sus ojos se le endurecían cuando sentían que Pedro Páramo la llamaba «¡Doña Doloritas!», para reprocharla.*

*En Comala dejó Dolores Preciado su querencia. Quería el lugar y allí los sueños la enflaquecieron hasta sentir la vida como si se ventilase en un murmullo. Marchó del lado de Pedro Páramo. «No faltaba más, doña Doloritas», dijo él. Sin darle importancia, sin conocer cuánto ella lo aborrecía. Dolores voló entonces como un zopilote solitario en el cielo. Se fue para siempre. Nunca volvió a sentir el sabor del azahar de los naranjos de Comala en la tibieza del tiempo. Se le fue olvidando como se escurre el agua entre los dedos. Para cobrar caro ese olvido y no otro fue que su hijo Juan Preciado llegó un día a Comala.*

*Vine con mi pobreza desde el interior hasta México y un tío mío se opuso a que llevara el apellido. Algo realmente grotesco. Tuve que convertirme en Juan Pérez. Sólo cuando empecé a escribir recobré el nombre paterno. Fue como una resurrección.*

*Mi nombre completo es Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. Me apilaron todos los nombres de mis antepasados paternos y maternos, como si fuese el vástago de un racimo de plátanos, y aunque siento preferencia por el verbo arracimar, me hubiera gustado un nombre más sencillo.*

*En la familia Pérez Rulfo nunca hubo mucha paz. Todos morían temprano, a la edad de treinta y tres años. Y todos eran asesinados por la espalda.*

«La violencia acosando, como un brote espontáneo, natural, sin que sea útil buscar móviles o explicaciones. Se da. Es. La violencia como signo constante. Violencia de la opresión interior y exterior; violencia de la injusticia y la pobreza; violencia frente al lenguaje; violencia reflejo de la crueldad; violencia del dolor humano. Las formas de la violencia desembocan en la escritura. Y, en el texto, una virtud esencial: la interiorización de esa violencia que deja de residir en lo accesorio para instalarse en el mismo corazón de los personajes. Ni siquiera el argumento o los escenarios o los recursos verbales: la violencia es la realidad sin salidas. Violencia interior y universal. Motivo narrativo y, también, experiencia, memoria.»

*Tenía yo apenas diez años cuando vimos llegar a casa un caballo. El animal cargaba un bulto envuelto en un jorongo. Aquel bulto era el cadáver de mi padre. Lo habían asesinado por la espalda.*

*Comala olvidó el mar. Tal vez eso hizo que fuera otro infierno. Ninguno en Comala aprendió el movimiento del mar. Menos Susana. Susana San Juan, que estaba loca. Ella quiso creer que Comala no era un páramo apagado. Lo veía como quien mira las luces de San Telmo o el sol cuando encandila y se mete dentro de los ojos. Susana San Juan temía la oscuridad. Por eso siempre estuvo aluzada su ventana, noche tras noche. Hasta que murió y Pedro Páramo hizo que sonaran las campanas aquel día que amaneció gris, no frío, pero gris. Susana San Juan nunca conoció Luvina, ni su calín ceniciento, ni las dulcamaras que son tan tristes. Sí conoció el mar y sus luces. Tenía encandilado el sentido.*

*En el mar se bañaba desnuda y volvía fosforescente entre los «picos feos», esos pájaros que gruñen como si roncasen, esos que al salir el sol desaparecen. Susana San Juan cerraba los ojos, abría los brazos, desplegaba las piernas y aguardaba que la marea dejase rastros de espuma sobre su cuerpo. Pedro Páramo sólo la acompañó una vez al mar. También se quedó desnudo. No volvió. Dijo que Susana le gustaba más cuando la noche, bajo las sábanas, en la oscuridad. Ya desde entonces Pedro Páramo era una sombra, un oscuro murmullo entre los otros murmullos de Comala.*

*También Dolores Preciado veía Comala como mirada distinta como Susana San Juan. Tampoco ella conoció Luvina y eso que Luvina estaba antes. Quizá sólo fue Rulfo el único que estuvo en Luvina para oír cómo avanzaba la noche y sentir la soledad mientras las casuarinas mugían y aullaban con el viento y el calor. Pero eso ahora no importa. Importa que Dolores Preciado no soñaba con el mar. Recordaba la tierra. La tierra que soñaba estando muerta, la que hacía de Comala una hermosa llanura en la que maduraba el maíz antes de convertirse el pueblo en un puro vagabundeo de ánimas muertas sin perdón. Pedro Páramo nunca fue al mar con Dolores Preciado. Sólo la llamaba «¡Doña Doloritas!», para recriminarla. Con Susana San Juan era distinto. Pero acabó ausente, se apagó la luz de su ventana y fue entonces el repicar durante tres días desde las espadañas.*

*Para Dolores Preciado, Comala era una tierra feraz, con el aire que cambiaba el color de las cosas. Susana San Juan se entregaba a las olas, purificándose. Para ella, Comala era el regusto del calorito sobre la arena. La una estaba por morirse o muerta desde el principio. A la otra, la amedrentaba lo oscuro y estaba loca. Las dos meros murmullos. Igual que las casuarinas en Luvina. Como el rumor ajeno, desconocido, del mar de Comala.*